

GEOGRAFÍA
DE LO EXÓTICO:
LOS GRIEGOS
Y LAS OTRAS CULTURAS

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

GEOGRAFÍA
DE LO EXÓTICO:
LOS GRIEGOS
Y LAS OTRAS CULTURAS

Francisco Javier Gómez Espelosín



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Motivo de cubierta: “Arquero escita”, tondo de un plato de figuras rojas, de Epicteto,
ca. 520-500 a. C. (Museo Británico)

© Francisco Javier Gómez Espelosín

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-316-6
Depósito Legal: M-22.621-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

1.	LOS GRIEGOS Y LOS OTROS	9
1.1.	<i>Un mundo por definir</i>	9
1.1.1.	Grecia, en busca de un estatus	10
1.1.2.	Diferentes maneras de ser griego	13
1.2.	<i>Una imagen del mundo</i>	17
1.2.1.	Un modelo espacial	18
1.2.2.	Los confines del orbe	19
1.2.3.	La construcción de una periferia	20
1.3.	<i>Formas de ordenar el mundo</i>	23
1.3.1.	El arte de la nominación	23
1.4.	<i>La ampliación del espacio helénico</i>	29
1.4.1.	El encuentro con los otros	30
1.5.	<i>Griegos y bárbaros</i>	43
1.5.1.	Los unos y los otros	43
2.	EGIPTO. VIAJE A LA TIERRA DE LOS ORÍGENES	59
2.1.	<i>El descubrimiento de Egipto</i>	59
2.1.1.	Una tierra de promisión	60
2.1.2.	Una aventura arriesgada	61
2.1.3.	Un país de los confines	62
2.2.	<i>Griegos en tierras del Nilo</i>	64
2.2.1.	Los pioneros	64
2.2.2.	Una ciudad griega en Egipto	65
2.2.3.	Algunos viajeros ilustres	66
2.3.	<i>Una tierra singular</i>	70
2.3.1.	Un don del Nilo	70
2.3.2.	Un pasado insondable	71
2.3.3.	Una sociedad perfecta	73
2.3.4.	Un repertorio de maravillas	75
2.3.5.	Unas gentes muy extrañas	76
2.3.6.	La cuna del misterio y la espiritualidad	78

2.4.	<i>Historia de un desencuentro</i>	79
2.4.1.	La egiptomanía griega.....	79
2.4.2.	Egipto en escena.....	81
2.4.3.	La ironía como respuesta.....	83
2.4.4.	Una imagen parcial y distorsionada.....	85
3.	LA INVENCION DE ORIENTE	87
3.1.	<i>Al margen de los imperios.</i>	87
3.1.1.	Oriente y el centro del mundo.....	88
3.1.2.	Asirios y griegos	88
3.1.3.	Babilonia y los griegos	90
3.2.	<i>El horizonte anatolio</i>	91
3.2.1.	Dos mundos próximos	92
3.2.2.	Frigios y griegos	93
3.2.3.	Lidia y los griegos.....	94
3.3.	<i>La aparición del Imperio Persa: un cambio de ciclo</i>	96
3.3.1.	Un gigante a la vista	96
3.3.2.	De la percepción a la realidad.....	98
3.3.3.	Griegos en Persia	99
3.3.4.	Persia en el mundo griego.....	100
3.4.	<i>Dos mundos en conflicto</i>	101
3.4.1.	No todo es como parece	102
3.4.2.	La épica del conflicto	103
3.5.	<i>Hacia la conquista de Asia</i>	105
3.5.1.	Asia, el continente del rey.....	105
3.5.2.	Visiones del imperio: realidades, fantasías y prejuicios ideológicos	107
4.	LA CONSTRUCCION DE UNA PERIFERIA	117
4.1.	<i>Tracia, la tierra del viento del norte</i>	118
4.1.1.	Tan cerca y tan lejos	118
4.1.2.	Dos mundos en contacto.....	120
4.1.3.	Los atractivos de Tracia.....	121
4.1.4.	La otra cara de la moneda.....	122
4.1.5.	El Danubio como frontera	124
4.2.	<i>Espacios vacíos: el mundo de los escitas</i>	124
4.2.1.	Más allá de los estrechos: el descubrimiento del mar Negro.....	125
4.2.2.	Un territorio sin límites.....	126

4.2.3. Griegos y escitas	127
4.2.4. Imágenes contrastadas	129
4.2.5. Una periferia fantástica	130
4.3. <i>Camino de Occidente</i>	133
4.3.1. Griegos y etruscos	133
4.3.2. Griegos y celtas	136
4.3.3. En ruta hacia el Océano	139
4.4. <i>Al otro lado del mar</i>	142
4.4.1. La soledad de Cirene	142
4.4.2. Cartago, el enemigo occidental	144
5. EN LOS LÍMITES DEL ORBE	147
5.1. <i>La India, una tierra excepcional</i>	148
5.1.1. El confín oriental del mundo	148
5.1.2. Ecos de la conquista	151
5.1.3. Sabios, monstruos y maravillas	153
5.1.4. Los mundos de más allá	156
5.2. <i>Etiopía, la tierra del sur</i>	157
5.2.1. Una tierra en los confines del mundo	158
5.2.2. Al sur del Nilo	159
5.2.3. Más allá de sus fronteras	161
5.3. <i>Arabia, el país de los aromas y las especies</i>	163
5.3.1. El descubrimiento de Arabia	163
5.3.2. Las islas del sur	166
5.4. <i>Las difusas tierras del norte</i>	168
5.4.1. Los hiperbóreos	168
5.4.2. El legado de Píteas	171
5.4.3. Nuevos horizontes inesperados	172
5.5. <i>Más allá de las columnas</i>	173
5.5.1. Un tenebroso Occidente	173
5.5.2. Un espacio sin límites	174
6. PERIFERIAS DEL INTERIOR	179
6.1. <i>Los otros griegos</i>	180
6.1.1. La perspectiva dominante	180
6.1.2. La complicada definición de la Hélade	182
6.1.3. Algunos colectivos problemáticos	184
6.2. <i>Extraños en casa</i>	189
6.2.1. Una etnografía difusa	190

6.2.2.	Una geografía más realista	192
6.2.3.	Unos peligrosos vecinos.....	197
6.3.	<i>Las mujeres: un mundo aparte</i>	200
6.3.1.	Unas diosas temibles.....	201
6.3.2.	Las Amazonas	203
6.3.3.	¿Un espacio femenino?	205
6.4.	<i>El rústico</i>	206
7.	FRENTE AL ESPEJO	209
7.1.	<i>Los griegos desde dentro</i>	211
7.1.1.	Una mirada diferente	212
7.1.2.	El espejismo espartano	213
7.1.3.	Una mirada introspectiva.....	215
7.1.4.	La figura de Anacarsis.....	215
7.1.5.	Luciano o el mundo al revés	216
7.2.	<i>El pueblo elegido</i>	218
7.2.1.	Judíos y griegos	218
7.2.2.	Los judíos como filósofos	219
7.2.3.	Un choque inevitable	220
7.2.4.	Dos mundos indiferentes	221
7.3.	<i>Graecia capta</i>	222
7.3.1.	El descubrimiento de Roma	222
7.3.2.	Un testimonio desequilibrado	223
7.3.3.	Dos mundos distintos	224
7.4.	<i>Una Grecia imaginaria</i>	226
7.4.1.	La Hélade ideal de Pausanias.....	226
7.4.2.	La Arcadia intemporal.....	228
SELECCIÓN DE TEXTOS		231
1.	Los griegos y los otros	231
2.	Egipto	236
3.	Oriente	240
4.	Una periferia próxima	246
5.	Los confines del orbe.....	251
6.	Periferias interiores	257
7.	Frente al espejo	262
BIBLIOGRAFÍA		269

2

EGIPTO. VIAJE A LA TIERRA DE LOS ORÍGENES

La importancia de Egipto para la cultura griega en el curso de su historia es determinante. Egipto se convierte para los griegos en una tierra primordial y maravillosa en la que la fertilidad, la riqueza y la sabiduría se conjugan adecuadamente para hacer de ella una imagen modélica irremplazable que perdura a lo largo de toda la Antigüedad. Sin embargo, el encuentro con Egipto y con los egipcios tuvo también otra clase de implicaciones menos favorables, haciendo de sus habitantes el prototipo de la villanía y la maldad.

2.1. *El descubrimiento de Egipto*

Egipto aparece muy temprano en el horizonte griego, con seguridad, al menos, en el curso del segundo milenio a. C., si no antes. Las relaciones de Egipto con la Creta minoica se confirman desde ambos lados. Numerosos objetos de factura egipcia aparecen en la isla egea y una serie de pinturas murales de estilo cretense decoran las paredes de Tell el Daba en pleno delta del Nilo. Las relaciones continúan con el mundo micénico a la vista de unos dibujos sobre un papiro procedente de Amarna que representan guerreros micénicos

provistos con yelmos de dientes de jabalí, o de la aparición del término *a-ku-pi-ti-jo* (“egipcio”) en las tablillas en lineal B como nombre de un cabrero.

Sin embargo, el derrumbamiento de los centros micénicos al inicio del último cuarto del segundo milenio provoca la consiguiente interrupción de las comunicaciones más o menos regulares entre los dos ámbitos geográficos. Como consecuencia, Egipto vuelve a situarse en una remota distancia, como ese lugar situado al otro lado del mar al que se llega después de una larga y peligrosa navegación en dirección sur. A pesar de estas circunstancias desfavorables, algunos individuos se aventuran a ir hasta allí en busca de botín, atraídos por la imagen de riqueza y prosperidad que caracteriza Egipto en la memoria colectiva, transmitida en parte a través de numerosos relatos orales, algunos de los cuales acaban confluyendo en el extenso repertorio de la poesía épica.

2.1.1. Una tierra de promisión

Los poemas homéricos presentan Egipto como una tierra lejana y muy rica donde pueden obtenerse importantes ganancias. Esta imagen se concentra en la ciudad de Tebas y sus excepcionales riquezas se convierten en el símbolo referencial a la hora de marcar las máximas aspiraciones en este terreno. A ellas alude Aquiles para justificar su rechazo ante cualquier tipo de oferta con la idea de convencerlo para regresar a primera línea en la guerra de Troya. Su negativa no variaría aunque le ofrecieran las montañas de riqueza que hay amontonadas en las casas de la ciudad egipcia. Se mencionan también sus cien puertas capaces de dar cabida a doscientos guerreros con sus caballos y carros.

La misma impresión se desprende de la *Odisea*, cuando se alude a los palacios tebanos que atesoran numerosas riquezas. Tanto Menelao como su esposa Helena pudieron comprobar en persona, durante su estancia en Egipto, la prodigalidad de sus anfitriones, los cuales les obsequiaron espléndidos regalos de hospitalidad. Menelao recibe dos bañeras de plata, dos trípodes y treinta talentos de oro. Helena, por su parte, obtiene un canastillo de plata con los bordes recamados de oro y una rueda elaborada del mismo metal. Uno y otra exhiben con orgullo tales dones durante la visita a Esparta del joven Telémaco, cuando acude en busca de noticias acerca del paradero de su padre, Ulises. Pero las riquezas de Egipto no se limitan a este tipo de objetos magníficamente elaborados. Sus anfitriones egipcios, habitantes

de una región del delta, proporcionan también a Helena ciertas drogas capaces de proporcionar consuelo y remedio a toda clase de males.

Para los griegos de la época, Egipto se convierte en una tierra situada en la distancia que cuenta con ciudades repletas de riquezas y un territorio excepcionalmente fértil y propicio a la producción de toda clase de plantas medicinales provistas de cualidades benéficas o perjudiciales. Muchos de sus habitantes se convierten en médicos a causa de esta circunstancia y el país acaba siendo un lugar saludable dado que pueden curarse todo tipo de males. Los egipcios practican además la hospitalidad y acogen de forma amistosa a sus visitantes griegos, a los que obsequian además con espléndidos regalos. Esta imagen favorable de Egipto en el horizonte de la épica contrasta de manera flagrante con espacios remotos como la tierra de los Cíclopes o la de los Lestrígones, por las que deambula Ulises, en las que el salvajismo de sus habitantes se convierte en una auténtica amenaza para la propia supervivencia del héroe y sus compañeros.

Sin embargo, esta imagen idealizada de Egipto parte desde una concepción genuinamente griega que prescinde casi siempre de la realidad efectiva del país del Nilo. Los nombres de los anfitriones egipcios de Helena y Menelao son todos perfectamente griegos, como Pólipo, Alcandra o Polidamna. Tan solo Thon presenta una cierta apariencia egipcia. Sin embargo, ni siquiera en este caso se trata de un nombre específicamente egipcio, sino que el término corresponde más bien a un topónimo adoptado como el nombre del fundador epónimo de la ciudad correspondiente, situada en el delta, que era de paso obligado para los griegos que acceden a Egipto.

2.1.2. Una aventura arriesgada

La imagen idílica de Egipto comparte espacio en la épica con otra menos favorable que se refleja en el relato de Menelao. Los evidentes atractivos del país se compensan con los riesgos que comporta la experiencia de llegar hasta él. Es necesario emprender un largo viaje por mar con todos sus peligros correspondientes y, una vez en tierra, todavía es preciso extremar las precauciones para no suscitar la reacción hostil de los egipcios, siempre suspicaces ante la presencia de extranjeros, atraídos hasta allí por las posibilidades de saqueo y botín.

Ulises describe una experiencia similar en su relato sobre la falsa aventura sufrida allí cuando regresa de forma disimulada a Ítaca. Enmascarado en la fingida personalidad de un cretense, Ulises narra ante Eumeo, el porquerizo de su hacienda, una expedición de saqueo a Egipto que culmina de manera desastrosa para sus osados protagonistas. Impulsados por la codicia, sus compañeros saquean los campos de los egipcios, secuestran a sus mujeres y niños, y dan muerte a los hombres. Los egipcios reaccionan al instante y movilizan sus tropas, que dan muerte a muchos de sus hombres y capturan a otros como prisioneros para trabajar en sus tierras. El destino de Ulises resulta bastante más benévolo tras conseguir el amparo y la protección del rey egipcio al acercarse como suplicante hasta su carro, despojado ya de sus armas. Consigue evitar de esta forma la justificada cólera de los egipcios y se convierte en un hombre rico gracias a los numerosos regalos que recibe de su nuevo huésped.

A pesar de la truculenta historia, contemplada desde la perspectiva de sus protagonistas, la opulencia del país y la benevolencia de sus gobernantes permanecen todavía intactos dentro de esta imagen.

Egipto figura de nuevo como escenario de otra de las falsas aventuras urdidas por Ulises con el fin de ocultar su verdadera identidad. Ante uno de los pretendientes de su esposa Penélope, Ulises recrea su desdichada experiencia junto a unos piratas que culmina con su entrega como esclavo a un reyezuelo chipriota, que pasaba entonces por el país. Una vez más, las expectativas iniciales de conseguir un cuantioso botín se ven contrarrestadas por los riesgos que comporta una aventura de esta clase, en este caso el paso a la condición de esclavo de un individuo libre.

Los detalles aparentemente realistas que se detectan en este tipo de historias podrían reflejar los ecos de expediciones reales de saqueo dirigidas desde el Egeo hacia Egipto, que quizás constituyeron un elemento habitual de la confusa situación que precedió a la presencia regular de mercenarios comerciantes griegos en suelo egipcio.

2.1.3. Un país de los confines

Egipto aparece durante una buena parte del periodo arcaico dentro de la aureola de misterio y fascinación característica de las tierras de los confines del orbe. Para viajar hasta allí, o regresar, es necesario contar con el apoyo

o la intervención de la divinidad, como en el caso de Menelao, que recibe la ayuda de la diosa Idotea, hija de Proteo, el anciano del mar, a la hora de emprender el retorno a la patria. Recluido en la isla de Faro, frente a la costa egipcia, la diosa le aconseja que interrogue a su padre al respecto, experto conocedor de todos los caminos del mar. La tarea no resultaba fácil, ya que implicaba regresar de nuevo a la costa egipcia y tratar de capturar a Proteo aprovechando el momento de su salida de las profundidades marinas cuando se tendía en la playa junto a sus focas. Menelao y sus hombres se visten con pieles de foca y de esta forma apresan de inmediato al dios evitando que se transforme en diferentes clases de seres. Ulises vivió una experiencia similar cuando se vio obligado a consultar al adivino Tiresias, en este caso en la mismísima morada del Hades, para conocer la ruta de retorno a su patria.

El estatus todavía indefinido de Egipto se aprecia en la ausencia de un nombre propio para denominar el país. El término *Egipto*, que aparece en los poemas homéricos, designa al mismo tiempo tanto el río como el territorio. Es una clara alusión a su estatus geográfico no bien definido. Esta misma situación de ambigüedad se aprecia en el caso de Tartesos en el extremo occidental. El término aparece por primera vez en la literatura griega en un fragmento del poema épico que Estesícoro compuso sobre Gerión en el siglo VI a. C. y que hace referencia al río que fluye por aquella zona. Ambos casos revelan probablemente los primeros momentos de contacto griego con estas nuevas tierras, cuando un río de ciertas dimensiones se impone en la percepción de los recién llegados como el elemento geográfico distintivo y singular de la zona en cuestión, sin la capacidad de aplicar todavía el término a toda la entidad territorial y política que engloba el curso fluvial. De hecho, el término *Egipto*, referido al río, aparece sobre todo en los dos falsos relatos urdidos por Ulises, ya mencionados, que quizá se hacen eco de las primeras incursiones griegas hasta tierras del Nilo.

Egipto comparte con otros lugares de los confines como Tartesos algunos rasgos definitorios, como la lejanía geográfica y las dificultades de acceso, la existencia de esplendorosas riquezas y la fertilidad del suelo, la actitud benevolente de sus gobernantes y la proximidad de algunas divinidades que merodean habitualmente por sus alrededores. Egipto adquiere, sin embargo, una cierta consistencia geográfica dentro del horizonte de los poemas homéricos a través de su nombre, el cual remonta hasta el periodo micénico

representando la forma helenizada del término aplicado a un gran templo de Menfis (la casa del Ka de Ptah) en tiempos del Imperio Nuevo. Contrasta así con la absoluta indefinición de otros territorios que aparecen en los poemas, nombrados solo a partir de sus habitantes, como los etíopes o los erembos, por no mencionar espacios mucho más remotos e indefinidos como la tierra de los Lotófagos, la de los Cíclopes o la de los Lestrígonos.

2.2. Griegos en tierras del Nilo

La presencia de griegos en tierras del Nilo se remonta muy atrás en el tiempo, pero su instalación permanente en Egipto se inicia en el periodo arcaico, sobre todo a partir de la fundación de Náucratis. Egipto se convierte en un destino habitual para los viajeros griegos de todas clases, especialmente tras la ocupación persa, que visitan con frecuencia el país y recorren sus principales atracciones. Conquistado finalmente por Alejandro en el siglo IV a. C., Egipto se transforma en un nuevo baluarte del helenismo, donde acuden numerosos griegos en busca de nuevas oportunidades.

2.2.1. Los pioneros

La presencia cada vez más frecuente de comerciantes y mercenarios griegos en Egipto, sobre todo a partir del siglo VII a. C., incorpora las tierras del Nilo dentro del horizonte geográfico griego habitual. Los hallazgos de cerámica griega, en determinados lugares del delta egipcio, evidencian la presencia de comerciantes griegos en Egipto ya en estos momentos. Esta situación de tráfico regular entre el mundo griego y Egipto aparece reflejada en la noticia de Heródoto sobre el extraordinario viaje de Coleo de Samos hasta Tartesos. El comerciante samio fue desviado de su ruta habitual desde su isla natal hasta Egipto por la irrupción violenta y constante de unos vientos contrarios que lo desplazaron hacia el oeste. Primero hasta las costas norteafricanas a la altura de la Libia actual y después hasta más allá de las Columnas de Heracles. Heródoto resalta el carácter excepcional de su destino y la forma en que lo alcanzó, pero considera su ruta hacia Egipto como una circunstancia habitual que no merece mayores comentarios.

Otros visitantes asiduos de Egipto son los mercenarios. Su presencia se convierte en un hecho casi habitual después de su primera irrupción, un tanto excepcional, cuando unos soldados cubiertos de bronce contribuyeron a la victoria final del faraón de turno respondiendo así al oráculo que vaticinó el evento. Mercenarios jonios y carios participan como contingentes militares al servicio del faraón Psamético I, según informa Heródoto. Otros contingentes de esta clase, que participan en la campaña de Nubia bajo las órdenes de Psamético II a comienzos del siglo VI a. C., dejan constancia visible de su paso por Egipto a través de la inscripción de sus nombres a modo de *grafiti* sobre la pierna de una de las dos estatuas colosales de Abu Simbel que representan a Ramsés II. La forma de sus nombres delata su procedencia de diferentes partes de Asia Menor, en consonancia con el testimonio citado de Heródoto. Muchos de ellos se quedaron después en el país y seguramente se integraron en las estructuras militares indígenas.

Algunos, en cambio, deciden regresar a su patria de origen y se convierten en una fuente de información privilegiada acerca de las condiciones de Egipto y sus gentes entre los medios griegos. Un tal Pedón, originario de Priene, dedicó en su ciudad una estatua en la que da cuenta de sus éxitos en tierras del Nilo. Al parecer, Psamético le concedió un brazalete de oro como premio a sus hazañas y le entregó además una ciudad como su dominio privado. La estatua tiene una clara apariencia egipcia que revela el grado de adaptación e integración en la cultura egipcia de muchos de los griegos que viajaron hasta allí. Gracias a los relatos de personajes como este y a la presencia de objetos, más o menos valiosos, que traían consigo, Egipto se convierte poco a poco en un espacio familiar e inmediato, avalado además por pruebas consistentes como la estatua de Pedón o los numerosos objetos exóticos depositados en los grandes santuarios griegos.

2.2.2. Una ciudad griega en Egipto

Los contactos griegos con Egipto se intensifican con la fundación de Náucratis a finales del siglo VII a. C., que se convierte en la primera ciudad griega en tierras del Nilo. Inicialmente fue un emporio comercial griego situado en pleno delta del Nilo bajo la protección del faraón Amasis. La ciudad poseía templos dedicados a las divinidades griegas y canalizaba las

relaciones comerciales e institucionales entre griegos y egipcios. Uno de los templos, el denominado *Hellenion*, expresa en su nombre el reconocimiento de su identidad griega dentro de un medio cultural diferente. Sin embargo, diferentes templos dedicados a distintas divinidades griegas evidencian la diversidad de procedencia de sus habitantes. Aunque la mayoría de ellos eran indiscutiblemente griegos, es probable que en la ciudad hubiera también presencia egipcia.

Náucratis es la única ciudad griega en Egipto hasta la fundación de Alejandría a finales del siglo IV a. C., pero los griegos se instalan también en otros lugares del país. La propia capital egipcia, Menfis, es uno de ellos y allí existía una comunidad denominada helenomenfitas. Su origen parece ser el contingente de mercenarios que Amasis desplazó hasta allí en su día con el objeto de convertirlos en su guardia de élite. Con el paso del tiempo, los griegos se mezclan con la población local mediante matrimonios mixtos pero conservan su lengua y sus tradiciones griegas. Un papiro del siglo IV a. C. hallado en el Serapeo de la ciudad que contiene una maldición proferida por una tal Artemisa, hija de un tal Amasis, contra su compañero por el rechazo de la sepultura y los rituales funerarios a su hija recién fallecida, constituye un testimonio elocuente de esta fusión cultural por los nombres tan significativos que llevan el padre y la hija. En las proximidades de Menfis se halló también, dentro de una tumba griega del siglo IV a. C., el papiro griego más antiguo que contiene un fragmento de *Los Persas* de Timoteo de Mileto. La presencia griega en la ciudad parece una evidencia incuestionable.

2.2.3. Algunos viajeros ilustres

La conquista de Egipto por los persas favorece todavía más la presencia de viajeros griegos. Egipto se convierte en una provincia más del imperio aqueménida con las consiguientes condiciones de seguridad y comodidad que el excelente sistema viario persa ofrecía en este terreno. El primer viajero griego ilustre al que se atribuye un viaje a Egipto es el poeta y legislador ateniense Solón, en la primera parte del siglo VI a. C. Según Heródoto, Solón visita la corte de Amasis después de abandonar Atenas tras dotarla de una serie de leyes y emprender una especie de gira para ver mundo. Platón

convierte a Solón en el interlocutor privilegiado de los sacerdotes egipcios que le relatan la historia sobre la Atlántida.

La mayoría de los primeros filósofos griegos, como Tales o Pitágoras, cuentan también con un viaje a Egipto en sus biografías imaginarias, aunque no existen datos concluyentes que confirmen la veracidad de tales informaciones. El saber de Tales, particularmente en el terreno de la geometría, se atribuía así a su experiencia adquirida en Egipto. En este caso concreto, la condición de Tales como originario de Mileto, una ciudad que desempeña un papel destacado en la fundación del emporio de Náucratis, podría avalar la consistencia de un viaje del pensador griego hasta las tierras del Nilo.

Una buena parte de la sabiduría y de las ideas filosóficas de Pitágoras acerca de la piedad y de la pureza de las prácticas rituales se atribuye también a las enseñanzas adquiridas en Egipto. Los paralelismos existentes entre las prescripciones y tabúes de la secta pitagórica y algunas convenciones rituales observadas en Egipto o su origen samio podrían también avalar la realidad de estos contactos pero lo cierto es que no existe constancia de la visita del filósofo griego al país del Nilo.

El primer viajero ilustre a Egipto del que se tiene testimonio es Hecateo de Mileto, que viaja hasta allí a finales del siglo VI a. C. Deja constancia de los resultados de su viaje en su *Periegesis* o descripción del mundo habitado, donde muestra su interés por algunas peculiaridades de Egipto, como la curiosa dieta de sus habitantes a base de un pan elaborado con espelta y un vino hecho con cebada. Le impresiona también el carácter fecundador del Nilo, hasta el punto de considerar toda la tierra de Egipto como un regalo del río, y describe algunos lugares sorprendentes como la isla flotante de Chembis. La extensión de sus conocimientos sobre Egipto, a pesar del carácter extremadamente fragmentario de su obra, se aprecia en la mención de ciudades que no figuran en el relato de Heródoto, como Mulon, Bolbitine o Liebris, o de algunas islas en el curso del Nilo, como Krambutis, Oneibatit y Tabis. Se interesa también por tradiciones legendarias que aluden a la presencia de Helena y Menelao en Egipto, al retorno de los Argonautas al Mediterráneo siguiendo el curso del Nilo, y a las hazañas de un faraón como Sesostriis que llegó en sus conquistas nada menos que hasta la Cólquide. En la obra de Hecateo, Egipto aparece ya incorporado dentro de los esquemas míticos griegos.

Egipto ocupa además un lugar destacado dentro de la nueva representación del mundo que se origina en el seno de los medios intelectuales jonios. La existencia de un río de las dimensiones del Nilo con todas sus singularidades y la privilegiada situación del país como punto de articulación o delimitación entre continentes, con la consiguiente polémica acerca de su pertenencia a Asia o a Libia, constituyen los ejes centrales de las especulaciones acerca de la precisa configuración de la ecúmene que se desarrollaban en aquel entonces.

Hecateo demuestra también interés por la peculiar fauna egipcia, especialmente si se admite la acusación lanzada por el filósofo neoplatónico Porfirio contra Heródoto al que recriminaba el plagio de numerosos pasajes de la descripción de Egipto hecha por Hecateo, como la descripción del ave fénix y del hipopótamo o la forma de dar caza a los cocodrilos. Fuera como fuese, la contribución de Hecateo al incremento de los conocimientos acerca de Egipto resulta muy destacable. Su viaje se inscribe dentro de la corriente de individuos ilustrados que aprovechan las condiciones favorables ofrecidas por la dominación persa para viajar con relativa comodidad hasta Egipto. De hecho, Heródoto alude a la presencia de Hecateo en Egipto como un hecho habitual dentro de la experiencia griega que no parece merecer mayores aclaraciones. Tanto Hecateo como el propio Heródoto forman parte de un colectivo de viajeros a Egipto mucho más amplio, a la vista de la afirmación de Heródoto según la cual, tras la conquista de Cambises, fueron numerosos los griegos que acudieron hasta las tierras del Nilo con el objetivo de visitar las abundantes maravillas del país.

El viaje de Heródoto a Egipto parece un hecho incuestionable, a pesar de los recelos manifestados por algunos estudiosos modernos. Su relato del país es el más extenso de toda su obra, ya que ocupa todo un libro, el segundo, de su historia. Da la impresión que Heródoto se mueve con relativa facilidad por casi todo Egipto y tiene la oportunidad de contemplar en persona muchos de sus espléndidos monumentos. Viaja incluso hasta la ciudad de Elefantina, situada en el sur del país, siguiendo el curso del Nilo. Visita algunos templos y conversa con sus sacerdotes, seguramente a través de intérpretes que le sirven de fuentes de información privilegiada. Asiste a algunas ceremonias y celebraciones públicas y muestra un particular interés por algunas técnicas especializadas como el embalsamamiento de los cadáveres, que describe con cierta precisión. Su descripción no es ni mucho menos exhaustiva

ni todo lo precisa que se exigiría a un observador actual. Selecciona siempre los temas en función de su interés y deja de lado otros que le resultan menos atractivos, o sobre los que no consigue suficiente información. Pero, con todas sus limitaciones, su relato constituye la fuente de información griega más completa acerca de Egipto en la Antigüedad.

Egipto se convierte en el destino favorito de otros estudiosos ilustres, como el matemático y astrónomo Eudoxo de Cnido, o de filósofos, como Demócrito y Platón. El viaje de Platón no está confirmado a pesar de algunos testimonios a su favor como su conocimiento del precio del viaje desde Atenas hasta Egipto o sobre la forma de financiación de su viaje, gracias a la venta de aceite en el país del Nilo. Cicerón afirma incluso que Platón viajó a Egipto hasta en dos ocasiones. Es cierto que algunas de sus obras reflejan un cierto conocimiento de la realidad egipcia y que su relato sobre la Atlántida está inspirado en la estructura jerarquizada de la sociedad egipcia. Sin embargo, resulta bastante factible que obtuviera tales impresiones y conocimientos de la literatura griega acerca de Egipto entonces existente, sobre todo Heródoto. De hecho, en muchas ocasiones, Platón se hace eco de los estereotipos y prejuicios imperantes en los medios griegos de aquel entonces acerca de Egipto y los egipcios y expresa los mismos malentendidos característicos de la imagen griega de la cultura egipcia.

Con el tiempo, el viaje a Egipto se convierte en una especie de peregrinaje obligado para todos los sabios, filósofos o artistas griegos. A casi todos los grandes sabios griegos se les atribuye un viaje a Egipto sin más fundamento que la necesidad de justificar su sabiduría y sus ideas a partir de la experiencia adquirida en tierras del Nilo, que desde muy temprano se erige en el imaginario griego como la auténtica cuna del saber. Gentes de todo tipo, legisladores, filósofos, matemáticos, astrónomos, escultores, arquitectos, médicos y adivinos acuden a Egipto para conocer los secretos de sus respectivas artes y profesiones. A la larga lista se suman incluso algunos personajes míticos, como los poetas Orfeo y Museo, el adivino Melampo o el arquitecto Dédalo, y otros de carácter semilegendario, como el legislador espartano Licurgo o el poeta Homero.

El viaje a Egipto constituye, por tanto, una experiencia tan habitual entre los griegos, que los propios egipcios elaboran un repertorio “turístico” con el fin de responder a las cuestiones formuladas repetidamente por los visitantes griegos y satisfacer de este modo su curiosidad y sus expectativas

sin preocuparse de que tales informaciones se correspondieran estrictamente con la realidad. Según indica Estrabón, los egipcios enseñan a los viajeros griegos las casas en las que se alojaron algunos de estos ilustres personajes, e incluso en un lugar tan emblemático como el Serapeo de Menfis se podía contemplar un hemicycleo con estatuas que representaban a once poetas y filósofos agrupados todos en torno a Homero.

2.3. Una tierra singular

Egipto provoca el asombro y la admiración de los griegos que viajan hasta allí y, como consecuencia, de la mayoría de sus oyentes y espectadores que acogen sus relatos sin necesidad de desplazarse hasta el país. Egipto ocupa un lugar destacado dentro de la literatura griega y su influencia en el arte y la arquitectura helénica parece también un hecho indiscutible. La excepcionalidad de su territorio, la sabiduría de sus sacerdotes o la extraordinaria monumentalidad de sus grandes edificios públicos constituyen motivos más que suficientes para justificar dicha actitud.

2.3.1. Un don del Nilo

La propia fisonomía geográfica del territorio egipcio constituye uno de los principales motivos de atracción para los griegos. El Nilo se erige como el eje central de todo el país en medio de un territorio casi desértico, a lo largo de un curso que desde sus remotas fuentes situadas en regiones desconocidas del sur desemboca en el mar a través de un extenso y feraz delta. Seguramente el Nilo fue el primer río de cierta entidad que los griegos conocieron por propia experiencia. Sus dimensiones y la potencia de su caudal de agua apenas resisten la comparación con los modestos cursos de agua que recorren el territorio griego. El régimen particular de crecidas del Nilo resulta también contrario al de los restantes ríos, dado que tienen lugar en verano, cuando casi todos los cauces de los ríos en suelo griego se hallan casi secos.

El curso del Nilo se ensancha, aumenta su cauce a medida que se remonta el río hacia sus fuentes. Estas singularidades suscitan todo tipo de especulaciones acerca de la procedencia de sus fuentes y sobre las razones que justifican

su extraño comportamiento. Se proponen así diferentes hipótesis para explicar este peculiar régimen, como la acción de los vientos etesios, que frenan la corriente del río en su descenso hacia el mar, su procedencia de las aguas del Océano, o el resultado de la fusión de las nieves de unas elevadas montañas situadas hacia el sur. Casi todas las explicaciones propuestas no resultan satisfactorias y solo Aristóteles ofrece una causa más cercana a la realidad al atribuir la crecida de las aguas a las lluvias estacionales caídas en la región de Etiopía. El dominio de los Tolomeos en Egipto desde finales del siglo IV a. C. permite la realización de expediciones hacia el sur que contribuyen a aclarar las cosas, si bien no se consigue identificar con precisión sus fuentes hasta el siglo XIX.

El Nilo resulta también especial por su decisiva contribución a la feracidad y fertilidad de Egipto. Esquilo lo denomina “procurador de bueyes” es decir, saludable para la cría de ganado, y considera sus aguas “siempre saludables” por su capacidad para generar vida, a diferencia de lo que sucede en la actualidad. Según el novelista Aquiles Tacio, el Nilo era todo para los egipcios, río, tierra, mar y lago. El río hace las veces de la lluvia que escasea en el conjunto del país. De hecho, su nombre egipcio, *Hapi*, que no aparece en la tradición literaria grecorromana, designa la inundación provocada por el río y sus efectos sobre la riqueza del territorio.

El aspecto fecundador del río queda plasmado en el exótico y exuberante paisaje del delta egipcio, que visto desde la perspectiva griega constituye un escenario excepcional. El delta aparece como un espacio ambiguo, ya que cuando las inundaciones regulares anegan su suelo, produce la impresión de un territorio a medio camino entre la tierra firme, las zonas pantanosas y el mar. Su imagen exótica se ve reforzada por su abundante vegetación, con plantas tan insólitas como el loto y el papiro, o las numerosas hierbas de carácter medicinal que crecen por doquier, y por su extraña y sorprendente fauna, con criaturas extraordinarias como el cocodrilo, el hipopótamo, el babuino o el ave fénix. Todo un espacio, en suma, inesperado y excepcional cuando se contempla desde un punto de vista griego.

2.3.2. Un pasado insondable

Los griegos que llegan a Egipto tienen la sensación inevitable de encontrarse en un lugar especial con una larga historia que remonta hasta los tiempos

primigenios. Para ello, basta con contemplar los magníficos y espectaculares monumentos construidos por sus más antiguos gobernantes que se erigen como la memoria visible e imperecedera de sus actuaciones. Esta sensación se reafirma mediante los relatos de sus sacerdotes, los cuales custodian celosamente en los archivos de sus templos los numerosos registros del pasado, gracias a la práctica inmemorial de la escritura adquirida mucho antes que en Grecia. Estos sacerdotes son los interlocutores principales de los visitantes griegos y se presentan así, ante ellos, como los privilegiados guardianes de toda una sabiduría ancestral difuminada entre los griegos por la simple evanescencia del recuerdo humano.

Hecateo constata en persona la abismal diferencia que separa la escala cronológica de griegos y egipcios. Así, durante su estancia en un templo egipcio, exhibe su genealogía personal que remonta hasta un dios ya en la decimosexta generación, mientras sus interlocutores egipcios le invitan a contemplar nada menos que trescientas cuarenta y cinco estatuas de sus antepasados sin que ni siquiera la más antigua de ellas se identifique todavía con una divinidad. La anécdota refleja el sentimiento de superioridad de los sacerdotes egipcios respecto a los griegos a pesar del contexto irónico con el que Heródoto relata el episodio vivido por su antecesor.

Esta extraordinaria prolongación del pasado otorga a los egipcios la primacía indiscutible en casi todos los terrenos a la hora de establecer los orígenes de la civilización humana. Heródoto considera a los egipcios los más antiguos de los seres humanos y los convierte en dignos modelos a imitar por el resto de los pueblos. Les atribuye la invención del calendario y la configuración del primer panteón divino, con la celebración consiguiente de las primeras ceremonias y procesiones en su honor. Ciencias como la Geometría o la Astronomía se consideran originarias de Egipto y allí se da también forma a las principales instituciones humanas. Los viajeros griegos ilustrados experimentan una frustrante sensación de inferioridad cuando comparan su historia pasada, reducida en el caso griego a unos pocos testimonios poco fiables, con la gran antigüedad de los egipcios. El sacerdote egipcio protagonista del relato de la Atlántida proclama de forma simbólica: “Vosotros griegos sois siempre unos niños. Un griego no es jamás un viejo”.

Esta posición preeminente de Egipto en el desarrollo de la historia humana se aprecia en la historia universal de Diodoro de Sicilia, la más extensa de las que se compusieron en la Antigüedad, dado que abarca desde los